

Entre la informalidad y el sustento

Katherine Rodríguez
Carol Rodríguez
Valentina Morales



Si me preguntarán por Bogotá, diría un rotundo no. No, esta no es, una tierra extraordinaria. Aunque es el centro de Colombia, es una ciudad a la que aún no se le encuentra un horizonte definido. Es quizás una mancha de cemento que trepa cerros y aplana humedales con la misma indiferencia. No posee mar ni es desierto. Tiene avalanchas de neblinas, tiene prisa, tiene un frío penetrante que recorre los huesos y en variadas oportunidades un sol que raja el asfalto.

Es apenas una de las metrópolis más desiguales del continente. Un mosaico de razas que recibe en las calles del centro a más de treinta y ocho mil personas que se levantan en las penumbras de los amaneceres para rebuscarse el pan.

Allí entre el ruido y el rebusque, veo a los mendigos, a los artistas, a los que sueñan, a los que aman. Veo criaturas extraordinarias y en mi frialdad las contempló, me detengo y pregunto.

Se llama Diandra Patricia Murillo Ortega. Tiene una estatura promedio. Su piel es negra. Habla sabroso.

Son las seis de la mañana de un martes de febrero. En una pensión del barrio San Cristóbal, Diandra —treinta y cinco años. Cuatro hijos. Trece años de ser bogotana por adopción—, enciende los fogones de los amaneceres cortos y fríos que discuten con el silencio de su hogar.

Vivió su infancia rodeada de una familia humilde y abundante. Abundante en amor, en cariño, en manos que la sostenían cuando todo faltaba. En su adolescencia tenía sueños: viajar, estudiar, tener una casita propia. Los sueños de una muchacha de quince años en el Caribe colombiano son así: vastos, luminosos, posibles.



A veces solo basta con sonreírle a la precariedad, al hambre y al sueño. Otras veces se le sonríe al cansancio, pero siempre se sonríe. Ellos no trabajan para enriquecerse, trabajan para ganarse el pan diario, el agua de panela caliente o simplemente una comida decente al día.

Algunos, esperan la moneda sentados bajo la sombra de un árbol, otros recorren las calles de Colombia persiguiendo su sustento para huirle al hambre. Desde jóvenes hasta ancianos, la informalidad no conoce edad, conoce la escasez.

Maria, Pedro, Diego... Oscar y Estela... Doña Trina, Don Orlando, el señor Manuel. Todos ellos jefes de su hogar, todos ellos trabajadores informales.



“Cada día: 12,78 millones de colombianos trabajando en la informalidad, sometiéndose a estigmatizaciones”

La informalidad en Colombia no es casualidad. Compuesta por jóvenes llenos de sueños que en su mayoría la educación no estuvo al alcance de sus posibilidades, y adultos mayores que, por discriminación etaria sufren hoy la búsqueda de su pan diario.

Pasarán y pasarán los años y seguiremos viendo niños, jóvenes y abuelos en las calles de Colombia, cargando bultos de sueños, dulces en sus manos e ilusiones por un día derrotar la pobreza económica que los invade. Mientras tanto, la informalidad seguirá siendo el motor que engrana la ilusión de llevar el sustento a sus hogares.

Basta con analizar las cifras del DANE para enero de 2026 y confirman lo que Diandra vive cada día: 12,78 millones de colombianos trabajando en la informalidad, sometiéndose a estigmatizaciones, llamados de invasión del espacio público, decretos y escobas que los persiguen. Estas son manifestaciones de las problemáticas estructurales que han encadenado históricamente a millones limitando el mejoramiento de las condiciones de vida.





“Sin ese salario emocional que prometía la Constitución del 91, su carrito reposaba. Rodeada además de manos que venden lo mismo.”

—A mi Bogotá me lo ha dado todo— dice, y lo afirma como quien no necesita que le crea, apenas con una firmeza de quién desea que la escuchen.

Lo que Bogotá le ha dado, pienso mientras la contemplo, es una esquina en la carrera Décima con calle Séptima. Un pedazo de andén de no más de un metro cuadrado donde cada mañana instala su carrito. Un carrito pequeño de metal. Tiene cuatro rueditas. Una olla gigante de arroz con leche. Una sombrilla.

Todo cambia cuando se tiene 15 años y se está embarazada. Sin avisar. Sin información. Sin permiso para soñar. Mientras esperaba la llegada de su primera hija Melissa, afuera crecía también la certeza de que el sistema no tiene cunas para madres adolescentes. Y como tantas otras mujeres madres cabezas de hogar, encontró en la informalidad una opción única de refugio.

Cuando hizo su primer arroz con leche y salió a las calles del centro a vender, fue toda una osadía. Tenía berraquera. Tenía una hija. Tenía miedo. Pero salió.

—Les gustó mucho mi arrocito.

Y como no, si su sabor es inconfundible. Rápidamente sus primeros clientes regaron la voz y empezaron a llegar más. De repente, sin darse cuenta, la conexión entre sus sabores y quiénes los probaban se habían convertido en una mezcla de sentimientos que llegaban al corazón.



Esa pequeña esquina se había convertido en un punto más del mapa donde cada mañana aún sin seguridad social, sin pensión, sin ese salario emocional que prometía la Constitución del 91, su carrito reposaba. Rodeada además de manos que venden lo mismo, otras historias y otras mujeres que como ella luchan contra la sobrevivencia de la guerra de las calles para conseguir el diario.

A pesar de todo, Diandra no lo ve así.

—Uno aquí es su propio jefe. El jefe que madruga, que paga el arriendo del cuarto, que responde por los niños. Al jefe que no le alcanza.

Sus semanas son pesadas. Los lunes no trabaja, pero se dedica al aseo general en el hogar. Los martes, miércoles, jueves, viernes y sábados son rutinarios en busca del pan de cada día. Los domingos asiste a la iglesia Vivamento, en la 68 con 13, y allí también da a probar sus delicias.

La mañana avanza. Entre cliente y cliente. No dice mucho, pero se nota, se nota en los recicladores que miran con deseo su arroz, que la justicia de Bogotá es una justicia de hormiga donde hay que ganársela grano a grano, tinto a tinto, vaso a vaso de arroz con leche.

Son las siete de la noche de un día de febrero. Tras una larga jornada —mientras saca de su carrito un trapo que alguna vez fue blanco— prende de nuevo los fogones de su estrecha estufa. Toma una olla grande de metal, la coloca encima e inicia la magia.

Es una cocina pequeña. Tiene un mesón amplio. Y es casi inexplicable como en un lugar tan acogedor cabe tanto amor para crear exquisitas preparaciones.

En medio de la intriga por conocer el ingrediente secreto de su arroz con leche, basta con mirar la preparación y sorprenderse con la dedicación con lo que lo prepara.

—Para mí el secreto es Dios. Él es el que pone la gracia para resolver todo, para vender todo, y pues bueno, para que esto quede delicioso.

Cuando termina, guarda sus ollitas debajo del mesón para el día siguiente ponerlas en su carrito —las delicias de Dios— gris brillante.

Diandra, desde su realidad, hace lo mejor para su familia. Y sueña. Sueña con tener algún día un negocio propio, un lugar donde pueda ayudar a más mujeres a salir adelante.

Mujeres como ella, que llegaron a Bogotá con las uñas y los dientes, con hijos pequeños y sueños grandes, con un carrito de metal.

Mientras afuera, en la carrera Décima con calle Séptima, todo seguirá en curso. Los ejecutivos entran a los edificios. Los policías vigilan desde lejos. Los informes del Dane acumulan cifras sobre informalidad.

Mujeres como ella , que llegaron a Bogotá con las uñas y los dientes

Y ella, desde su metro cuadrado de andén, servirá otro vaso de arroz con leche, guardará otra moneda, mirará pasar la tarde. Estará ahí sobre el asfalto caliente. Diminuta. Frágil. Extraordinaria.

Ella hoy es el rostro de cómo entre tanto caos se sostiene este país; sobre

ruedas desparejas, sobre hombros de mujeres que no aparecen en el PIB, sobre el milagro cotidiano de que la pobreza no haya podido, todavía con ellas. Siguen luchando con una sonrisa en su rostro.



Poquito a poco, pero con toda la ilusión.